

## EL TRIUNFO

—Después del desayuno del primero de enero de 1959.

El comandante se sentía frustrado; el generalato marcista no le ofrecía batalla y escapaba hacia Santo Domingo en la madrugada del primero de enero. Hubiera preferido que le ofrecieran combate y enviar a sus comandantes insignias, Camilo y Che, a librar la pelea decisiva en la Capital. ¡Qué fácil le hubiera resultado aparecerse después, a última hora, y hacer el papel de siempre!

Pero no; Batista optaba por parodiar el célebre filme sobre Kin Il Sumg y gritaba: "¡Huyamos despavoridos como ratas, que las heroicas tropas de Fidel Castro se nos echan encima!" A casi mil kilómetros de distancia el comandante tuvo que conformarse con una alocución radial desde Palma Soriano y luego abalanzarse sobre Santiago de Cuba (no para tomarlo) sino para arrebatarse el triunfo a Huber Matos.

Ya las milicias del M-26-7 ponían orden en la Capital, evitaban desmanes y ajustes de cuenta, uniformados sólo, en su apariencia civil, con un brazalete rojinegro que los identificaba. Aquello también frustraba al comandante; él, que encabezó tantas manifestaciones universitarias vestido siempre con sus trajes fuera de moda y sus corbatas chillonas, verse sustituido por aquellos muchachuelos en mangas de camisa, que no se enfrentaron nunca a un jefe de Policía en la Habana, con los brazos en jarra y vestido, en pleno verano, con el mismo traje de lana azul con que saldría del Presidio Modelo; que no rescataron nunca la campana de la Demajagua (con un traje nuevo) ni fueron abuchados, en su momento, por sus condicípulos, cuando se apareció ataviado al mejor colegio de la Habana con un traje imarrón!

La venganza del comandante -esta vez también-, sería terrible.

El M-26-7, una organización creada por él, estaba a punto de arrebatarse no sólo el triunfo sino la gloria. De manera que estos "clandestinitos" se consideraban con facultades para sentirse parte del triunfo. En verdad ¿qué habían hecho mientras él fracasaba en el Moncada, se dejaba apresar en México, naufragaba en el Granma y se dispersaba en Alegría de Pío? Nadie se atrevió a decirselo.

Pero cuando vio que los santiagueros no se volvían precisamente locos ante la ropa verdeolivo con la que Frank ya había vestido a esa ciudad, lo entendió todo. Aquellos muchachos de las ciudades en mangas de camisa habían enviado hacia la Sierra, armas, pertrechos, municiones, dinero, combatientes, periodistas influyentes capaces de dar a conocer al mundo que él (la vedette), vivía y luchaba.

Esos muchachos habían sembrado las ciudades de bombas y petardos, habían sufrido en las mazmorras sin entreabrir los labios, habían enviado a México dinero y combatientes para fletar la expedición, habían fundado un Frente Cívico y presionado al gobierno de EE UU para que no suministraran más armas y aviones a Batista, habían liderado la campaña pro-annistía, gracias a la cual él fuera liberado del Presidio; pero además habían fundado el Directorio Estudiantil 13 de marzo, habían creado un Segundo Frente de lucha en el Escambray, habían muerto a montones cuando la Expedición del Corinthia, cuando la fracasada Huelga del 9 de abril o cuando los sucesos de Humbolt-7. Se habían inmolado en el asalto al cuartel goicuría y cuando el asalto a Palacio y la toma de Radio Reloj; pero, además de ello, habían protagonizado la sublevación de Cienfuegos el 5 de septiembre, habían tomado a Santiago de Cuba un 30 de noviembre y habían ajustado cuentas a los coroneles Blanco Rico, Salas Cañizares y Cowley Gallegos.

El comandante mandó a formar los tanques y los camiones; dejó a Raúl en Santiago de Cuba, impuso al Che Guevara una profiláctica cuarentena en la Cabaña, ordenó a Huber Matos que se le reuniera en Matanzas, envió la melena, la pureza, la popularidad y la sonrisa de Camilo a hacerse fuerte en Columbia y luego lo conminó a que lo recibiera en El Cotorro.

Así invadió la Isla durante ocho días, sin que apareciera sobre los tanques no ya uno de sus vetustos trajes; ni siquiera una simple guayabera de cubanía, un yarey mambí, un civil con derecho a reivindicar su sangre en los combates. El comandante cambiaba de casaca. Un mar de verdeolivo entró por la Avenida del Puerto rumbo al Malecón; a su derecha, Camilo; a su izquierda Huber Matos, un sastre y un profesor; dos civiles, dos cubanos ascendidos a comandantes, dos pájaros de un tiro en el primer disparo del comandante que tiene ahora a 11 millones de personas en la mirilla.

Eduardo Elí Eme.